

Gotas de lluvia. La Ampliación del Monasterio de San Pedro Regalado en La Aguilera, Burgos

Eduardo Delgado Orusco
Universidad de Zaragoza

*«En mi último texto publicado confieso descaradamente que lo que quiero es encontrar la belleza que busco con tanto ahínco. ¿Cómo podría entonces no estar más que profundamente de acuerdo con este arquitecto? Un arquitecto, Eduardo Delgado Orusco que, de la mano de Platón y de San Agustín, busca e invoca y encuentra esa belleza en la arquitectura como resplandor de la verdad».*¹

El proyecto de ampliación del Monasterio de La Aguilera responde al asentamiento del Instituto Iesu Communio² proveniente de la vecina localidad de Lerma, en un antiguo establecimiento franciscano cuyos orígenes se remontan al siglo XV.³ (Fig. 1)

El nuevo asentamiento surgió a su vez del extraordinario crecimiento de vocaciones experimentado por la mencionada Comunidad desde hace unos años a esta parte y que pasó de un grupo de unas 30 religiosas a superar ampliamente la centena en el año 2008, cuando empezamos el proyecto. Realizada por otro equipo la primera adecuación de las instalaciones del convento para el traslado, fuimos requeridos para completar el programa.

La enorme empatía y sensibilidad de las religiosas, manifestada en su atención a los peregrinos que las visitan, condujo a la necesidad de completar el programa del monasterio original con algunos edificios nuevos que se plantearon independientes entre sí aunque lógicamente vinculados por circulaciones cubiertas: una iglesia, cuyo espacio interior favoreciese una liturgia participativa y de encuentro con los peregrinos; varios edificios de locutorios –como nuevo punto de encuentro entre la Comunidad y los peregrinos– cualificados por sus dimensiones; y una zona específica de formación dentro de la clausura. Igualmente, la pujanza y juventud de esta Comunidad invitaba a un tratamiento paisajístico funcional, tanto en la zona dedicada a las propias religiosas como a los peregrinos, dando lugar a una familia de espacios abiertos que van desde la plaza de acogida a las zonas interiores de recreo.

La geometría general de la nueva intervención responde a una metáfora basada en la huella que dejan sobre el terreno las gotas de lluvia, entendida ésta a su vez como imagen de la relación entre el Cielo y la Tierra. Los edificios, de planta circular y geometría aproximadamente cilíndrica, colonizan la superficie disponible de un modo aparentemente aleatorio, conformando un paisaje abierto que contrasta armónicamente con el conjunto original. Igualmente la ordenación de los espacios exteriores vinculados a los peregrinos sigue una ordenación análoga, aprovechando los límites de estas pequeñas plazas o espacios de relación para ir adaptándose a las cotas del terreno. El resultado es un *engarce* de espacios abiertos y construidos, que van fragmentado la gran superficie de actuación, toda ella *encintada* por las tapias del antiguo convento. (Fig. 2)

La ordenación del nuevo programa generó el planteamiento de nuevos accesos al conjunto – diferenciados para la clausura y para los peregrinos– ligando este último a la llegada rodada al

antiguo santuario y enfrentándolo a la *colina del santo*, única altura pronunciada en los alrededores y cuya vegetación –sembrada de pinos y arbustos– evoca las colinas que rodean la ciudad de Roma y se convierte en un hito de referencia en el paisaje.

Así, alrededor de ese acceso planteamos una cubierta lineal de zinc, apoyada sobre la tapia del conjunto y sobre una estructura metálica muy ligera, convertida en pabellón de acceso y servicios junto a los nuevos accesos, y en ligero soportal en el resto de su extensión. (Fig. 3)

Ya en el interior del conjunto, una vez cruzado el umbral de acceso para los peregrinos, se adivina el juego de plazas engarzadas, sobre las que se posan los diferentes edificios dispuestos en un cierto abanico: en primer término los locutorios, divididos en dos edificios, que colonizan el perímetro de sendas plazas ligeramente sobreelevadas: el locutorio grande, una nave cilíndrica capaz para varios cientos de personas, y a su lado el conjunto de locutorios pequeños dispuestos alrededor de un patio que sirve también como locutorio al aire libre. (Fig. 4)

En una posición más reservada aunque igualmente accesible para los peregrinos, se encuentra la hospedería, una pequeña agrupación de siete celdas alrededor de un patio ajardinado de nuevo circular. (Fig. 5)

Entre estos dos conjuntos –locutorios y hospedería– y con el mismo criterio de relación con las plataformas, en el futuro –en una nueva fase– se ubicará la iglesia.

A su vez, tanto la iglesia como los locutorios están unidos entre sí y con el antiguo monasterio mediante corredores cubiertos, cerrados alternativamente con vidrio y con u-glass, para favorecer la visión de los jardines y garantizar la privacidad de la clausura respectivamente.

Ya en el interior de la clausura se plantean, de una parte un contenedor de nuevas celdas tratado con la misma geometría que el resto de la ampliación, y de otra, un pabellón auxiliar de ampliación de la cocina y que también alojará la lavandería. Dado su carácter auxiliar esta última instalación, el edificio se planteó como un pabellón lineal dispuesto paralelamente a las naves del antiguo monasterio. (Fig. 6)

La geometría del proyecto, naturalmente extendida a la iglesia, toma claro partido en el histórico debate entre los espacios de carácter procesional –tradicionalmente más utilizados en función del aumento de la capacidad– y los de carácter centralizado –ya sean circulares, elípticos, cuadrados o sus derivados– que dan prioridad a consideraciones de carácter simbólico y que favorecen una liturgia más participativa.⁴ (Fig. 7)

Indudablemente el hecho de encontrarse en un paisaje rural y abierto, con relativamente pocos *pies forzados* permitió un planteamiento muy limpio, ausente de los habituales condicionantes de un entorno urbano. Así, sobre la primera geometría cilíndrica que resuelve la planta llamémosla *funcional* de la iglesia, se encabalga una segunda geometría cónica que es la que le da altura y presencia en el horizonte, próximo y lejano.

Este cono presenta a su vez la peculiaridad de tener una única directriz vertical –precisamente la que corresponde a la cabecera del templo donde se proyectaba la presencia de un *resucitado*– mientras todas las demás se inclinan hacia ésta, en un gesto cargado de intención simbólica. (Fig. 8)

A su vez el interior de la iglesia tiene dos únicas familias de iluminación natural. De una parte un juego de lucernarios de diámetro variable en la cubierta, cuya definición vuelve a utilizar la geometría de las *gotas de agua*, presentando una disposición aparentemente aleatoria y que haría presente en el interior de la iglesia la misma geometría del exterior. Estos lucernarios aportarían una luz cambiante con las horas del día y los días del año, en un juego que se remonta al estudio de uno de los espacios sacros más emocionantes y bellos de nuestro tiempo: la Capilla de San Ignacio en la Universidad de Seattle, del arquitecto Steven Holl.⁵

La segunda familia de iluminación consistiría en una *cruz de luz* conformada por una hendidura vertical en la cabecera de la iglesia y otra a sus pies, cruzadas por unos brazos horizontales que se extienden a todo lo largo del cono descrito más arriba, conformando un anillo o *abrazo cósmico*, en expresión utilizada por los Padres de la Iglesia para explicar el alcance universal de la salvación operada por la Cruz. Esta cruz se haría visible tanto al interior como al exterior, siendo signo inequívoco del carácter del edificio y aún del conjunto. Al proponer este tema también pensamos en la vibrante imagen de la cruz iluminando la noche desde el interior actuando como un fanal o un faro para los peregrinos.

Una de las peticiones formuladas por la Comunidad de religiosas fue una alternativa a la separación habitual entre ellas y los peregrinos, consistente en la tradicional reja. Nuestra respuesta se inspiró en el mismo gesto de caminar que es característico de los peregrinos. En efecto, en este sencillo gesto, mientras un pie permanece estable en el suelo, el segundo adopta el ángulo necesario para iniciar el movimiento de avance. De forma análoga, el espacio destinado a las religiosas y el de los peregrinos se plantearían en diferentes planos: el primero horizontal –más estable, como corresponde a su naturaleza vinculada a la clausura de la comunidad– y el segundo en una suerte de ligero anfiteatro inclinado hacia el presbiterio donde precisamente se une con el primero. Este juego de alturas significaría una separación efectiva - si bien no material- tal y como nos fue solicitado por la Comunidad.

El programa litúrgico sería muy sencillo a pesar de su tamaño: la iglesia se destinaría fundamentalmente para la oración y la adoración del Santísimo Sacramento, para lo que ideamos una suerte de *columba eucarística* que colgará desde el lucernario principal, en un ejercicio plástico que podría recordar la presencia del crucificado del Teologado de Alcobendas de Miguel Fisac, o el lucernario de Harry Bertoina en la Capilla del MIT en Massachussets, haciendo materialmente visible el juego divino de comunicación entre el Cielo y la Creación que es la Eucaristía. (Fig. 9)

Rodeando el espacio se ordenarían periféricamente el presbiterio propiamente dicho, un área de confesionarios vinculados a la zona de peregrinos, un coro para la comunidad a los pies de la iglesia, y una sacristía cerca del acceso principal. La ubicación de la sacristía permitiría que el celebrante surgiese revestido del fondo de la asamblea de los fieles y no del propio presbiterio como es habitual en muchas iglesias actuales, evitando así la sensación de acceso desde unas bambalinas teatrales.

El tratamiento de los interiores se planteó con una enorme sencillez, con un acabado general en blanco y un tratamiento de tres metros de altura a base de listones de madera de roble verticales cuya disposición conviene mucho a la geometría cilíndrica del espacio. Este mismo tratamiento resultaría igualmente adecuado al contacto y al roce con las personas además de admitir toda tipo de *accidentes* como pasos, puertas, registros, altavoces, etcétera.

En este sentido me parece ejemplar la explicación de José Luis Fernández del Amo –una de las voces más autorizadas de la arquitectura española del siglo XX– refiriéndose a sus arquitecturas de carácter religioso:

*(...) se trataría de evitar «toda manifestación de monumentalidad en sus volúmenes y con más empeño en sus fachadas. En las últimas obras, estas se reducen a muros ciegos sin ornamentación alguna y de regulares proporciones con la sola ruptura de lo indispensable para accesos e iluminación. La elección de materiales se ha hecho con una expresiva sobriedad. Y la sobriedad también se pretende con las proporciones».*⁶

Volviendo al conjunto de las dependencias conventuales, en el tratamiento de sus espacios exteriores⁷ se pretendió como nota común tratar de reconocer las preexistencias –presencia de agua, arbolado, ingenios agrícolas, etcétera– para adecuar los usos necesarios: acogimiento de los peregrinos y espacios previos a iglesia y locutorios; zonas de esparcimiento dentro de la clausura y zona de paseo en el bosque junto al manantial. En definitiva, plantear una alianza con las fuerzas naturales e intervenir lo mínimo indispensable, consiguiendo un entorno de bajo

mantenimiento que sirviera no obstante para suavizar cualquier posible dureza de la intervención.

Aprovechando la existencia de una zona húmeda con una pequeña charca y vegetación abundante, pensamos en la implantación de una ermita dedicada a la Virgen María cuya imagen, verdadero icono de la Comunidad, se encuentra instalada a día de hoy en la capilla provisional del conjunto y que fue proyectada por Javier Viver con un seguimiento muy personal por parte de la Madre Verónica, fundadora de Iesu Communio.

Capítulo aparte merece la relación de nuestra ampliación con el monasterio original. De hecho, y a pesar del contraste formal que establece la geometría planteada para la ampliación, desde el principio entendimos que una mirada atenta al conjunto histórico serviría para descubrir las sucesivas ampliaciones que había experimentado el monasterio y que abarcaban sin excepción desde el siglo XV de su fundación hasta prácticamente nuestros días. Así, resultaba sencillo rastrear en las espadañas, torres y cubiertas una relación de orden, de medida y de contención. (Fig. 10)

Aquellas intervenciones se habían venido produciendo sin complejos de relación con el pasado y con el afán de ofrecer respuesta a las cambiantes necesidades de las comunidades que lo habían habitado. Con respeto a lo preexistente y, a la vez, con la conciencia y la responsabilidad de responder de la manera más fiel y eficaz a los nuevos requerimientos formulados.

Así nosotros también de alguna forma quisimos contribuir a este orden –que atiende más a lo profundo que a lo formal– y cuya mejor explicación he leído siempre en las precisas palabras del arquitecto Víctor López Cotelo:

*«Era de notar el emocionante acomodo en el lugar de unas piezas junto a otras, aunque una cierta pátina nos hablaba de la antigüedad de algunas de ellas. Sin embargo, podía apreciarse que no sólo la pátina nos daba datos de su edad, sino también las materias y sistemas empleados en su construcción. Su coherencia interna y el respeto a las piezas vecinas permitía no sólo la magnífica presencia de cada una, sino la puesta en valor de las demás».*⁸

¹ Cfr. «Sillibus Aurae Tenuis. En torno a las arquitecturas sacras de Eduardo Delgado Orusco», en Alberto Campo Baeza. Poética Arquitectónica. Marea Libros. Madrid, 2014. Pp. 221-225. Y en Eduardo Delgado Orusco. Paisajes con alma. Inventario de lugares para rezar. Recolectores Urbanos. Sevilla, 2013. Pp. 7-11.

² Iesu Communio es un Instituto religioso femenino de Derecho Pontificio, aprobado el 8 de diciembre de 2010 por la Sede Apostólica.

³ Para valorar la importancia histórica de este Santuario hay que remontarse a los movimientos de reforma, llamados de la Observancia, introducidos por los franciscanos en un período (siglos XIV, XV y principios del XVI) en el que Cisneros establece la reforma de las Órdenes religiosas. Personajes como Pedro de Villacreces serán los pioneros de estas renovaciones que clamaban un retorno de la Iglesia a sus orígenes, a la predicación y formación y a una vida de retiro, oración y pobreza.

Villacreces funda en 1404 el eremitorio de La Aguilera al cual llega con tan solo 14 años Pedro Regalado Costanilla, vallisoletano de familia acomodada que propagará con entusiasmo la reforma villacrecesiana hasta su muerte en 1456. En este convento Pedro Regalado se dedicó a la oración y a compartir las necesidades con la gente sencilla de los pueblos cercanos. Su vocación religiosa, su disciplina y su dedicación a los pobres le hicieron muy popular, tanto entre el pueblo llano como en las clases más altas.

Su tumba en este convento ha sido visitada por personajes tan ilustres como la Reina Isabel la Católica, quien viendo la modesta sepultura ordenó hacer un sepulcro más notable, o Carlos V. También estuvieron en el Monasterio el Cardenal Cisneros o los reyes Felipe II y Felipe III, éste último asiduo de la Fiesta del Corpus y de las representaciones de Autos Sacramentales, así como Felipe IV que, de niño, experimentó la ayuda del santo.

Pedro Regalado fue canonizado en 1746, una vez estudiados los milagros que se le atribuyeron, entre ellos el de recorrer en brazos de los ángeles los 40 kilómetros que separan los cenobios de La Aguilera y El Abrojo, de los cuales era vicario.

⁴ Siendo éste un recurso históricamente bien conocido, fue igualmente ensayado en la España de la segunda mitad del siglo XX, «ya fuera en su versión más elemental –cuadrangular– o en la más elaborada de geometría circular o elíptica. En determinados casos este recurso respondía a un planteamiento idealista–platónico –como en el caso de Luis Moya– y en otros resultaba un recurso espacial experimental como en el de Alejandro de la Sota». Cfr. Eduardo Delgado Orusco. *Arquitectura sacra española, 1939–1975*. Cuadernos del Instituto Juan de Herrera de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Madrid, 2004. p. 17.

⁵ Cfr. *Knockin´ on heaven´s door...* A propósito de La Capilla de San Ignacio en la Universidad de Seattle. Steven Holl, arquitecto. Eduardo Delgado Orusco. Revista Orbis Tertius. Revista de pensamiento y análisis, n.0. Noviembre 2006. Fundación SEK. pp. 46–55

⁶ Cfr. Fernández del Amo, Rafael. Fernández del Amo. *Arquitectura 1942–1982*. (Catálogo de la Exposición). Ministerio de Cultura. Dirección General de BBAA y Archivos. Madrid, 1982. p. 83.

⁷ Desde hace tiempo nuestra oficina mantiene una asociación estratégica con *Land+Lab –el Laboratorio de Paisajes* de Miriam García– especializado en proyectos de paisaje y territorio. Esta asociación resulta tanto más enriquecedora para nuestros proyectos cuanto mayor protagonismo concedemos a esta especialidad en los mismos.

⁸ Cfr. Érase una vez.... Víctor López Cotelo. Quaderns d'arquitectura i urbanisme 169-170, 1986. p. 106.